

# EDITORIAL

(INVITADO)



## ¿Cuál autonomía universitaria?

Entre nosotros, la autonomía universitaria parece verdad absoluta o Reino de los Cielos para un cristiano. En su momento (1967), a Rosenblat le pareció sospechosa la defensa a ultranza de la autonomía universitaria por parte de gente de las más diversas tendencias políticas, antagónicas en todo sentido, al punto de competir en su devoción por ella. Como Rosenblat, creo que *en la falsa mitificación de la autonomía universitaria se confunden muchas cosas*. Suele confundírsela, supongo, con nuestra institución más firme: el reloj; que suele servir para ocultar graves deficiencias y malos procederes consagrados.

Mucho puede decirse a favor de la autonomía universitaria, pero más aún en contra si observamos o padecemos la realidad, la cotidianidad, de nuestras universidades. Por eso conviene saber (o al menos comenzar a preguntarnos) si la autonomía universitaria no la tenemos como un concepto susceptible de ser adaptado a nuestros caprichos, vanidades y conveniencias. No es verdad oculta ni esquiva que, desde hace mucho tiempo, en las universidades lo académico ha sido supeditado a lo político, o más bien a la politiquería e intereses de grupos. ¿Acaso algunos decanos no se han convertido en señores feudales de algunas facultades y viven y se desviven para negociar votos que les garanticen su reelección indefinida, contra todo principio de alternabilidad y renovación en esos cargos de dirección? ¿Y no es esa supeditación de lo académico a lo político lo que ha permitido que en nombre del cogobierno se corrompa a estudiantes con becas, prebendas e irregular permanencia?

La autonomía universitaria que conocemos permite que profesores sin un solo ascenso sean directores de escuela, algunos, incluso, con carácter vitalicio; ha convertido a las universidades en transgresoras permanentes de la legislación laboral y de principios constitucionales en esa materia; ha permitido que algunos jefes de departamentos o de unidades administrativas se dediquen impunemente al ejercicio de las peores prácticas de la burocracia venezolana; ha consolidado la pérdida de toda autoridad en los recintos universitarios, de manera que las jerarquías sean puramente formales; ha llevado al estudiantado al más repudiable marasmo, pues sólo protesta si falla o no funciona el comedor, y tal vez el transporte; ha convertido en norma que gente sin ningún espíritu universitario ni académico, sólo pendiente del quince y del último, ocupe cargos de importancia sin poseer aptitudes profesionales ni éticas para ello; y ha servido la autonomía universitaria para más desmanes que la descomponen y atentan contra la misma Universidad.

No puedo resistirme a dos ejemplos de ese desorden entendido como autonomía: hay personal administrativo que también ejerce la docencia, contratado (¿?) durante años sin que nunca se le haya evaluado, ni siquiera solicitado sus credenciales; el cambio o renovación de los planes de estudio se hace insostenible largo o imposible porque muchos profesores se niegan a actualizar sus conocimientos o sienten que cualquier modificación en la estructura tiesa de las facultades atenta contra sus personas y porque conciben las cátedras y departamentos como parcelas propias.

Si lo académico no es lo primordial en la Universidad, entonces puede ser gobernadora o refugio de opositores o, como hasta hace pocos años, guarida de encapuchados que pretendían disfrazar su vandalismo con

ánimo contestatario y sometían a toda la comunidad ucevista, por ejemplo, a sus prácticas programadas de violencia sin sentido. Si la Universidad pretende ser autónoma para manejar su presupuesto, pero no para estimular la libre discusión de las ideas o la búsqueda de soluciones a graves problemas del país, ¿para qué sirve la autonomía? Al respecto, vale la pena citar nuevamente a Rosenblat: “La autonomía no constituye la esencia de la Universidad, sino que es un fuero para que pueda cumplir mejor y sin trabas sus propios fines. Su propósito fundamental, en nuestros países hispanoamericanos, sujetos con tanta frecuencia a las arbitrariedades del poder, es preservar la labor universitaria de toda intromisión extraña, política o confesional, para asegurar la libertad de enseñanza y de investigación”. También observaba Rosenblat que tal autonomía sólo puede existir en un estado democrático y liberal, pero en nuestro caso la misma Universidad ha ido contra los principios democráticos y liberales, y más bien ha consagrado grandes irresponsabilidades y ha dado fuerza de norma a las arbitrariedades.

Me parece que la autonomía universitaria ha servido de excusa para que la Universidad no le dé la cara al país, no señale los errores de los gobiernos o respalde sus políticas acertadas y tampoco se vea a sí misma en actitud crítica y reformadora. La Universidad no es una voz de peso en el país, ni siquiera es una voz; pues cuando la alza se adivina en ella algún propósito político de quienes la dirigen y no la intención de ser la conciencia de gente animada por una función orientadora y desprovista de mezquindades. La autonomía universitaria es una falacia indefendible si sólo reside en la libertad de manejar presupuestos al antojo de las autoridades e innumerables jefes, si en la Universidad campea el incumplimiento de sus propias normas, si en sus fueros se consolida la conveniente confusión entre libertad de pensamiento y el ejercicio del voto, si la única razón de protesta de sus miembros (profesores, estudiantes, empleados, obreros) es el incumplimiento por parte del Estado o de la misma Universidad de cláusulas contractuales o de beneficios económicos, si su burocracia oscila entre los bostezos y el resentimiento.

Muchas preguntas y muchas transformaciones debe encarar la Universidad antes de reclamar la pérdida de lo que esencialmente no tiene y menos sabe reafirmar de manera apropiada cada día. Los peores enemigos de la autonomía universitaria se alimentan de las entrañas de la Universidad y la han convertido en una casa vencida por las sombras de las manipulaciones y la falta de espíritu.

Mario Amengual Sosa, Profesor  
Universidad Central de Venezuela